

Flecha herido en el pie: sus funerales  
Llanto arrancaron á la Griega hueste.

Mortal que á no desviarse de la senda  
De sólida virtud está resuelto,  
Debe aceptar con alma generosa  
La suerte que los Númenes le mandan.  
La dirección del viento á cada rato  
Cambia y la fuerza. Breve tiempo dura  
La dicha de los hombres, cuando baja  
Con ímpetu sobre ellos. Seré humilde  
Con los humildes, grande con los grandes,  
Reverente aceptando mi fortuna,  
Y ajustando á mis medios mis costumbres.  
Y si grandes riquezas me donare  
La Providencia, conseguir espero  
También alto renombre y fama eterna.  
Néstor el magno y Sarpedón de Licia,  
Celebrados doquier, su gloria deben  
A los cantos armónicos que vates  
Insignes compusieron. Las virtudes  
Se eternizan con ínclitos poemas;  
Pero á muy pocos conseguirlo es fácil.

---



---

ODA CUARTA.

---

Á ARCESILAO, REY DE CIRENE,

VENCEDOR CON EL CARRO.

Al amado varón que de Cirene,  
Rica en caballos, ciñe la corona,  
Acompañar ¡oh Musa! hoy te conviene  
En su marcha triunfal: la suave lona  
De tu dulce bajel céfiro llene  
Al cantar á los hijos de Latona,  
Y á Delfos, do, veraz sacerdotisa,  
Vaticinó la augusta Pitonisa.

Entre las áureas águilas sentada  
De Jove salvador, llena la mente  
Del Numen que allí tiene su morada,  
Al gran Bato mandó que á Libia ardiente,

Dejando su natal isla sagrada,  
De colonia veloz marchase al frente,  
A fundar sobre cándido collado  
Un pueblo por sus carros celebrado.

Después de siete y diez generaciones,  
Llegaba (dijo) la anhelada hora  
De cumplirse las sabias predicciones  
Que Medea, de Cólquide Señora,  
A Jasón y los ínclitos varones  
Que llevaba en su nave voladora,  
Sobre las rocas dirigió, de Tera,  
Con inspirada voz, de esta manera:

«¡De magnánimos héroes y deidades  
Progenie celestial, prestadme oído!  
Sabed que honda raíz de almas ciudades,  
De esta tierra que el mar ha desleído,  
Para asombro de todas las edades,  
La hija feliz de Epafo esclarecido  
Hará brotar, en el fecundo seno  
Del que es de Jove Amón templo y terreno.

»Delfines de brevísimas aletas  
Se trocarán en rápidos corceles,  
Y en cuadrigas, veloces cual saetas,  
Y suaves bridas, remos y bajeles;  
Grandes ciudades quedarán sujetas  
A Tera cual metrópoli: así fieles  
Augurios anunciaron su fortuna  
En torno á la Tritónide laguna.

»Allí, de un Numen con disfraz humano,  
A recibir hospitalaria gleba  
Eufemo desembarca: el soberano  
Jove con su tronar el don aprueba;  
Del marinero la incansable mano  
El áncora pesada en tanto leva,  
Cuyo diente de bronce enfrena grave  
El raudo vuelo de la armada nave.

»Sobre los hombros ya por doce días  
El casco enjuto de la rápida *Argo*,  
Fuera del mar (por sugerencias mías)  
Cruzando el arenal desierto y largo,  
Llevábamos: tras tantas travesías  
De lanzar se acababa en el amargo  
Lago Tritonio, cuando el Genio vino  
Bajo el aspecto de varón divino.

»Con frases amistosas, hospedaje  
Nos ofreció cortés, y lauta cena:  
Ser Eurípilo dice, y su linaje  
A Neptuno deber, que el mundo llena.  
Mas la ansiedad por continuar el viaje  
Permanecer ya más en playa ajena  
No nos permite: nuestra prisa mira  
El dios, y á detenernos ya no aspira.

»Gleba pequeña de la playa arranca,  
Y como prenda que la acepte ruega,  
De su hospitalidad cordial y franca:  
El héroe á recibirla no se niega,

Y á tierra salta; el dios la mano blanca  
Pone en la suya, y el terrón le entrega.  
Mas ¡ay! el don precioso, de la nave  
Cayó de noche al mar, según se sabe.

»Mil veces á los útiles sirvientes  
Recomendé guardarlo. Todo en vano;  
Que lo olvidaron sus vulgares mentes.  
De la espaciosa Libia así temprano  
El germen se perdió. ¡Cuán diferentes  
Sus destinos serían, si la mano  
De Eufemo lo llevara á la sagrada  
Tenaro, do del Orco está la entrada!

»¡Oh Rey, á quien Neptuno dió la vida,  
(Deidad que en los corceles alta impera)  
Y Europa (del gran Ticio hija querida)  
Del rápido Cefiso en la ribera!  
Hasta tus cuartos nietos difundida  
Tu ilustre sangre, conquistado hubiera  
Con la Micenia y con Argiva gente,  
Y la Espartana, el vasto continente.

»Pero el fatal terrón quedó deshecho  
Antes de tiempo; y vástago tardío  
De extranjera mujer te dará el lecho,  
En esta isla sagrada. Poderío  
Recibirá del cielo, y el derecho  
De sujetar el litoral sombrío:  
Bato su nombre; y pisará su planta  
De Febo augusto la morada santa.

»Por medio de su oráculo sagrado,  
Allí le dará Apolo el mandamiento  
De aprestar, cuando la hora haya sonado,  
Rápida escuadra, de bajeles ciento,  
Y el que Jove le tiene preparado  
Del Nilo en la ribera, ilustre asiento,  
Osado sujetar á su dominio.»—  
Así fué de Medea el vaticinio.

Los héroes con silencio respetuoso  
Escucharon la sabia profecía.  
¡Hijo de Polimnesto venturoso!  
La Déléica doncella en tí veía  
De Cirene al monarca poderoso;  
Y ¡salve! por tres veces te decía,  
Cuando postrado ante el altar, la cura  
Solicitabas, de tu lengua oscura.

Cual rosa en la purpúrea primavera,  
De la heroica raíz octava rama  
Hoy floreciente Arcesilao impera,  
Y en los Píticos juegos lo proclama  
Apolo vencedor en la carrera.  
Quiero á las Musas entregar su fama,  
Del Vellochino de oro con la historia,  
Para los Minias manantial de gloria.

¿Cómo se abrieron por el mar camino?  
¿Quién los ató con lazos de adamante  
A peligros sin fin? Era el destino  
De Pelias, por la espada fulminante

Ó las maquinaciones de un divino  
Eólida morir. Con palpitante  
Seno, escuchó la infausta profecía  
Que en el *Centro del Mundo* así decía:

«De Jolcos al llano  
Verás un guerrero  
Que baja del monte  
Con doble lanzón.  
»¿Será ciudadano?  
¿Será forastero?  
No importa: tú ponte  
En guardia ¡oh varón!  
»Y está preparado  
A rudo combate  
En tanto que se ate  
Un solo calzado.»

El semidiós que predijera el bardo  
Llega por fin, vibrando doble lanza:  
Graciosa veste ciñe su gallardo  
Cuerpo, de los Magnesios á la usanza,  
Y una manchada piel de leopardo,  
Que hasta las plantas á cubrirlo alcanza,  
De los hombros anchísima descende,  
Y de la escarcha y lluvia lo defiende.

Jamás el filo de cruel navaja  
Osó tocar la blonda cabellera,  
Que en bellos rizos refulgente baja  
La espalda acariciándole ligera.

Entra al foro el garzón; el paso ataja  
Plantándose con bélica manera,  
En tanto que al real Desconocido  
Mirando el pueblo exclama conmovido:

«¿Quién es este gallardo mancebo?  
¿Es acaso el dulcísimo Febo  
Que hasta Jolcos se digna bajar?  
»Si es el Dios de fulgente loriga,  
¿Dónde está la dorada cuadriga  
En que Marte acostumbra volar?

»Ni Oto ser, ni Efiates podría;  
Que á sus hijos miró Ifimedia  
En los campos de Naxos morir;  
»Y de Artemis, á Ticio difunto  
Enseñaron las flechas, á punto  
Menos alto su amor dirigir.»

Mientras en confusísima algazara  
Así la muchedumbre confabula,  
Llegando Pelias, de su carro pára  
Con manos fuertes una y otra mula;  
En el extraño paladín repara,  
Y su terror en vano disimula  
La sandalia fatal cuando descubre,  
Que el pie derecho solitaria cubre.

Tranquilidad el mísero aparenta,  
Y así se expresa: «A la mentira ajeno,  
¡Oh peregrino! dime ¿qué opulenta

Patria produjo lidiador tan bueno?  
 ¿Cuál es la madre que en el mundo cuenta  
 Que hijo tan grande cobijó su seno?  
 Sin vacilar revélamelo todo.»—  
 Se anima el joven, y habla de este modo:

«Oid: de la caverna  
 De Cariclea vengo  
 (Sostén de mi edad tierna),  
 Y á dicha grande tengo  
 Haber sido discípulo  
 Del Centauro Quirón.

»Cuidáronme las puras  
 Hijas del varón sabio;  
 Ni palabras impuras  
 Decir supo mi labio,  
 Ni en cuatro lustros mi ánima  
 Manchó perversa acción.

»En mis patrios hogares  
 Mayor de edad, penetro  
 A recobrar mis lares  
 Y el usurpado cetro  
 Que al gran Eolo, Júpiter,  
 Y á sus hijos donó.

»Según veraz noticia,  
 Robó Pelias insano,  
 Contra toda justicia,  
 El reino soberano

De que dueños legítimos  
 Somos mi padre y yo.

»No bien mis tristes ojos  
 Vieron la luz primera,  
 Sabiendo los antojos  
 Del Jefe que hoy impera,  
 Mis padres ocultáronme  
 A su ambición fatal.

»Me proclamaron muerto,  
 Y con fingido luto  
 Fué mi alcázar cubierto;  
 Y diéronme el tributo  
 De femeniles lágrimas  
 Y duelo funeral.

»Entretanto, al abrigo  
 Del silencio nocturno,  
 Al antro del amigo  
 Vástago de Saturno,  
 En pañales de púrpura,  
 Lleváronme á educar.

»De Quirón á las manos  
 Mi salvación yo debo:  
 Y basta ¡oh ciudadanos!  
 Lo que narrado llevo,  
 Las preguntas que atónitos  
 Me hicisteis, á llenar.

»A la morada mía  
Llevadme ahora fieles,  
Do mi padre nutría  
Sus cándidos corceles;  
Pues hijo primogénito  
Soy del anciano Esón.

»Vuestra tierra no huella  
Cual triste peregrino:  
De mi linaje el sello,  
El Centauro divino  
En mí imprimió, legándome  
El nombre de JASÓN.»

No bien penetra en la mansión paterna,  
Corre á abrazarlo el conmovido anciano;  
Vierte á torrentes su pupila tierna  
Llanto sin fin de gozo sobrehumano:  
Procura el héroe la emoción interna  
Que lo domina, reprimir en vano,  
Al ver que su hijo excede en gallardía  
A cuantos hombres Jolcos contenía.

Al palacio de Esón atrae la fama  
A sus hermanos. Pronto Feres viene  
De la vecina fuente, que se llama  
Hiperia, y Amitáon de Mesene:  
De ver á su pariente, á Admeto inflama  
Deseo irresistible; ni detiene  
Lazo alguno en su hogar al fiel Melampo,  
Que llega ansioso del Laconio campo.

Con afable ademán á sus parientes  
Acoge el buen Jasón; á lauta cena  
Los convida, y los colma de presentes.  
Cinco noches duró la fiesta amena;  
Cinco días los juegos diferentes;  
Pero al sexto, Jasón el gozo enfrena,  
Y les hace saber su intento serio  
De recobrar el usurpado imperio.

Lo aplauden: y con planta presurosa  
Los héroes van, llevándolo en el centro,  
De Pelias á la casa suntüosa.  
Sus pisadas no bien resuenan dentro,  
Cuando el hijo de Tiro (la de undosa  
Cabellera) cortés sale al encuentro.  
Lo saluda Jasón, y con süave  
Voz que parece miel, le dice grave:

«¡De Neptuno Petreo hijo robusto!  
Del mísero mortal la mente ciega  
Aplaudes con furor el lucro injusto,  
Y á regresar á la equidad se niega;  
Mas la hora de rendir á árbitro justo  
Cuenta de lo pasado, al fin se llega.  
Enfrenemos tú y yo nuestros afectos,  
Y caminemos por senderos rectos.

»Un mismo seno (sabes lo que digo)  
A tu abuelo Creteo, y al osado  
Salmoneo prestó materno abrigo:  
Primos somos, por tanto, en tercer grado;

Y á todo hombre, las Parcas enemigo  
Del consanguíneo ser tienen vedado.  
Ni flecha, pues, ni espada fratricida  
De nuestros padres la heredad divide.

»Yo te propongo ventajoso pacto:  
Cuenta en el campo las lanudas greyes  
Y las pingües manadas; el exacto  
Número cuenta de pintados bueyes.  
Todo te doy, y el territorio intacto,  
Que atropellando del honor las leyes  
A mis padres robaste, y hoy tu renta  
Con tu cultivo y tu cuidado aumenta.

»No envidio la riqueza de tu casa;  
Mas quiero, sí, mi trono y monarquía:  
Fiero dolor el pecho me traspasa  
El cetro al ver de la familia mía.  
Vuélvemelo; ó de la ira que me abrasa  
Contener los arranques no podría.»—  
Su discurso Jasón así concluye,  
Y con urbanidad Pelias arguye:

«Haré lo que quieras; mas oye mi ruego:  
La vejez inútil mis miembros circunda;  
En tí rubicunda,  
Con célico riego,  
Sus flores derrama feliz juventud.

»Aplacar piadoso podrás con empeño  
De los infernales Dioses á la turba:

De Frixo perturba  
Mi plácido sueño,  
La sombra, privada de patrio ataúd.

»Que saque, me pide, del alcázar de Etas  
Su espíritu triste, y el vellón dorado  
Por que fué salvado,  
Ya de las saetas  
De infame madrastra, ya del ronco mar.

»Gusté de Castalia la límpida fuente  
A Apolo pidiendo su luz veneranda;  
Y el Numen me manda  
Que el ponto inclemente  
En rápida nave me atreva á cruzar.

»La empresa difícil que yo no acometo  
Porque de los años el peso me doma,  
Tú atrevido tomá,  
Que fiel te prometo  
El cetro en tu diestra sin falta poner.

»A Júpiter sumo, que origen proclamo  
Del lazo de sangre que me une contigo,  
Cual santo testigo  
De mi voto llamo.  
¡El mira mi franco, leal proceder!»

Queda firmado el pacto; y al momento  
La expedición que se prepare ordena  
El ínclito Jasón. No bien el viento

Con la trompeta del heraldo suena,  
Llegan tres héroes de divino aliento:  
El uno es hijo de la bella Alcmena;  
Leda fué de los otros dulce madre;  
Todos tienen á Júpiter por padre.

Quizá temiendo que los pueblos duden  
De su valor, si en tiempo inoportuno  
Llegaren, velocísimos acuden  
Los dos audaces hijos de Neptuno.  
Su larga cabellera ambos sacuden;  
Del cabo de Tenaro viene el uno,  
De Pilo el otro: Eufemo aquél se llama,  
Este Periclimeno, de alta fama.

¡Semidioses, salud! ¡Cuánto trofeo  
Os va á alcanzar la expedición marina!  
Llega el poeta y citarista Orfeo,  
De Apolo inspirador prole divina;  
Y Mercurio, señor del Caduceo,  
A gloriosas empresas encamina  
A Equito y á Equión, hijos mellizos,  
De la flor de la edad con los hechizos.

Júntanse los que pueblan los cimientos  
Del Pangeo; veloces cual saetas,  
Porque Bóreas, monarca de los vientos,  
A sus dos hijos, Calaín y Zetas,  
Infunde con su soplo más alientos,  
Agitando en sus hombros las aletas;  
Y el impulso final, con su oportuno

Auxilio, da la irresistible Juno.

Infunde la Deidad tal atractivo  
A la forma gentil del bajel *Argo*,  
Que hace á los héroes, del hogar nativo  
Huir, y del doméstico letargo.  
De navegar les viene ardor tan vivo,  
Que las aguas beber del ponto amargo  
Y, de gloria cubiertos, al Averno  
Bajar, prefieren al hogar materno.

Cuando la flor de heroicos navegantes  
Para lanzarse al mar se encuentra lista,  
Elogiando sus ánimos constantes  
A sus filas Jasón pasa revista.  
Ve Mopso las entrañas humeantes;  
Sigue atento á los pájaros la pista:  
Feliz viaje al ejército revela,  
Y hace que sin tardar se dé á la vela.

No bien levan el áncoa dura,  
Cuando sube del *Argo* á la popa,  
De oro puro ostentando una copa,  
De los nautas el gran Capitán.

De los Dioses al Padre Tonante,  
Vibrador de la lanza de fuego,  
Por los héroes dirige su ruego,  
Que en la nave á sus órdenes van.

Pide al Dios que les abra camino  
A través del feroz elemento:



Que los lleve con próspero viento  
 Y sujete al furioso Aquilón;  
 Y que el sol los alumbre de día,  
 Y en las noches la espléndida luna;  
 Ni les niegue por fin la fortuna  
 De volver á la patria mansión.

Trueno fausto replica en las nubes,  
 Y su luz el relámpago arroja;  
 Y sumerge en funesta congoja  
 A los héroes la atroz tempestad.

Mas el augur declara que anuncian  
 Feliz viaje los Dioses supremos;  
 Y respiran, y él grita: *á los remos,*  
*A los remos, marinos, bogad.*

Y bogan apresurados,  
 Obedientes al Piloto,  
 Y empiezan del fresco Noto  
 Las auras á respirar;  
 Y al llegar los denodados  
 A la boca del Axino,  
 A Neptuno, dios marino,  
 Erigen templo y altar.

En el ara sacrifican,  
 Implorando su alta gracia,  
 Rojo toro, que de Tracia  
 Les da la copiosa grey;  
 Y que los libre, suplican,  
 Del ímpetu de las rocas

Que entre sí se hieren locas,  
 De los bajeles al Rey.

Giran raudos como viento  
 Los dos islotes flotantes:  
 Parecen vivos gigantes  
 Que luchan con frenesí.  
 Mas termina el movimiento  
 Al pasar la nave fuerte.—  
 A las Simplégades muerte  
 Dieron los héroes así.

Llegan por fin á Fasis,  
 Y á los negros derriban  
 De Cólquide, no lejos  
 De donde Etas habita.

Allí por vez primera  
 La gloriosa Ciprina,  
 Que dardos amorosos  
 Agudísimos vibra,

Trae del excelso Olimpo  
 La tornasol pezpita,  
 Que á los hombres, afectos  
 Frenéticos inspira,

Y con indisolubles  
 Lazos, el ave liga  
 A la rueda, que en cuatro  
 Rayos, veloce gira,

Y enseña al sabio Esónides  
Cantos y oracioncillas,  
Cuyo mágico influjo  
No hay fuerza que resista.

Harán tales encantos  
Que Medea lo siga,  
A sus deberes sorda  
Y á los afectos de hija,

Y arda de ver á Grecia  
En ansiedad tan viva,  
Que su pasión la azote  
Cual tempestad horrisona.

La reina inspírase  
De amor tan tierno,  
Que el arte quiere,  
Con que el paterno  
Lazo supere,  
Dar á Jasón.

Mezcla un antídoto  
Con suave aceite,  
Que los dolores  
Torna en deleite,  
Y con mil flores  
Forma una unción;

Y jura á Esónides  
Que el himeneo,

De sus certámenes  
Será el trofeo,  
Y en cambio pídele  
Su corazón.

Etas, al fuerte arado de adamante  
Unce los bueyes de nariz ardiente.  
Es su aliento de llama fulgurante;  
Son sus pezuñas de metal luciente.  
Sin sentir el ardor, sólo el gigante  
El yugo põne á su inflamada frente,  
Y la tierra al labrar, va tan violento  
Que una yugada sulca en un momento.

«Que venga (exclama arrogante)  
Y ejecute igual tarea,  
El Rey, quienquiera que sea,  
De ese bajel comandante.  
»Será de sus pies alfombra  
El celeste Vellochino,  
Cuya lana de oro fino  
A los mortales asombra.»

Del manto purpúreo Jasón se desnuda;  
Y á Venus pidiendo y á Jove su ayuda,  
Las áridas glebas empieza á labrar.

Merced á la maga su amante, no teme  
Que el fuego de aquellas narices lo quemere:  
Sus filtros y mañas lo saben librar.

Arrastra el arado, forzado y sereno,

Y pone á los toros el mágico freno,  
Que sufre mugiendo la indómita grey.

Con vara punzante los urge sin tregua,  
Y en breves instantes va, legua tras legua,  
Abriendo los sulcos que impúsole el Rey.

Del joven las fuerzas observa con ira  
Burlado el tirano, y oculto suspira,  
Y apenas reprime su inmenso estupor.  
La mano querida del jefe valiente  
Los nautas estrechan; y ciñen su frente  
Con hierbas, y elogian su inmenso valor.

Entonces la selva do fúlgida brilla  
La piel que de Frixo cortó la cuchilla,  
Indica á los héroes el hijo del Sol.

Abriga su pecho la infame esperanza  
Que vana del joven será la pujanza,  
Pasando la empresa por nuevo crisol.

En medio de un bosque de espesa maleza,  
Terrífico monstruo, de inmunda cabeza  
Y fauces horrendas, custodia el Vellón.

De remos cincuenta bajel bien armado  
Angosto y pequeño juzgárase al lado  
De aquel vigilante furioso dragón.

Mas ¿cómo dejo al estro que me lleve  
Lejos de la trillada carretera?  
¿Sus propias reglas á violar se atreve  
Mi musa, para todos tan severa

Tornaré á mi deber por senda breve,  
Y diré que con maña al fin supera  
A la hórrida serpiente, de la nao  
El divino Patrón ¡oh Arcesilao!

Con el dorado Vellochino, embarca  
En el *Argo* á Medea, que perdida  
De amores sigue al héroe; y del Monarca  
De Jolcos, pone término á la vida.  
Por el Índico Océano la barca  
Llega á la isla de Lemnos; do homicida  
Falange de viudas, á los Griegos  
Cortés invita á funerales juegos.

Premio de sus espléndidas proezas  
Son ellas mismas y el bordado manto.  
En tierra extraña á relucir empieza,  
¡De Cirene real linaje santo!  
¿Fué germen de tus ínclitas grandezas  
De una noche ó de un día el dulce encanto?  
Lo ignoro; mas en Lemnos el supremo  
Tallo brotó del inmortal Eufemo.

La peregrina prole hasta Laconia  
Sigue del padre la sagrada pista,  
Y de Esparta conduce una colonia  
A Tera (entonces *isla de Calista*);  
En ella la gentil prole Latonia  
De Libia ordena la fatal conquista,  
Y el trono da de la feliz Cirene  
A raza ilustre que su pueblo ordene.

¡Óyeme, Arcesilao! y tu talento,  
Que al mismo Edipo avergonzara, aviva.  
¿Vistes acaso al roble corpulento  
Cuyo alto tronco la segur derriba?  
No torna á florecer; pero alimento  
Da al invernial hogar, ó en él estriba,  
Trasformado en columna, el arquitrabe  
Que del templo sostiene la áurea nave.

Médico regio, Febo está contigo:  
En las llagas, Señor, bálsamo vierte:  
Trastorna la ciudad vil enemigo;  
Mas restituir la paz, ni el varón fuerte  
Podrá, si un Numen no le presta abrigo.  
Gloria, fuerza, saber, te dió la suerte:  
Sigue ¡oh Rey de Cirene venerando!  
La dicha de tus súbditos labrando.

Pondera atento el inmortal axioma  
Del grande Homero, que leer te agrada:  
*De hábil embajador el arte doma  
Hasta la oposición más obstinada.*  
Mi musa ¡oh Rey! la libertad se toma  
De llevarte benéfica embajada,  
Y viene á interceder por Demofilo,  
A quien mi Tebas hoy ofrece asilo.

De Bato sabe bien la casa regia  
Y toda la Ciudad, de mi cliente  
Cuál ha brillado la conducta egregia.  
De joven es su brazo armipotente;

De viejo de cien años su estrategia:  
Jamás su lengua ha sido maldiciente;  
A odiar la sedición, y á ser amigo  
De los virtuosos, le enseñó el castigo.

Lo que puede hacer hoy, su mano activa  
No acostumbra dejar para mañana:  
Sabe que la ocasión es fugitiva,  
Y aunque no corre con pasión insana,  
Cual esclavo, en su pos, nunca la esquivo.  
A quien fué tal desde la edad temprana,  
Considera, Señor, qué pena oprime  
Hoy que tan lejos de la patria gime.

Al desdichado Numen semejante  
Que sostiene las célicas regiones,  
El destierro lo acosa, nuevo Atlante,  
Privado de su patria y posesiones.  
A los Titanes perdonó el Tonante.  
¿Posible que su yerro no perdones?  
¡Señor! El tiempo todo lo cancela:  
Cesando el huracán, se cambia vela.

Por volver al hogar triste suspira,  
Y por beber de la Apolínea fuente:  
Odio su corazón ya no respira,  
La enfermedad pasó; vida inocente  
Quiere llevar, al eco de su lira.  
Que torne á tu Ciudad ¡oh Rey! consiente.  
Verás qué manantial de versos puros  
Halló en tu honor, en los Tebanos muros.